

ARTIFICIOS EN UN PALACIO CELESTIAL: RETABLOS Y CUERPOS SOCIALES EN LA IGLESIA DE SAN IGNACIO. SANTAFÉ DE BOGOTÁ, SIGLOS XVII Y XVIII

María Constanza Villalobos. Bogotá:
ICANH, 2012. 232 pp.

María Sue Pérez

Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, Colombia

Artificios en un palacio celestial: retablos y cuerpos sociales en la iglesia de San Ignacio. Santafé de Bogotá, siglos XVII y XVIII es un libro que se encarga de analizar el discurso que se transmitió a los feligreses a través de los retablos ubicados dentro de dicha iglesia. Como su título lo dice, abarca los siglos XVII y XVIII, y toma como objeto de estudio el templo y los cuerpos sociales que allí interactuaron. La autora, María Constanza Villalobos, quien es candidata al doctorado en historia de la Universidad de los Andes, ha centrado su línea de investigación en la imagen durante la época colonial, y gran parte de su trabajo de tesis de la maestría en historia de la Universidad Javeriana es lo que podemos encontrar en este libro publicado en el 2012. *Artificios* está compuesto de cinco capítulos, una introducción y unas conclusiones. Tiene además la fortuna de estar acompañado de una serie de imágenes y anexos que complementan el análisis que se hace de las pinturas, los relicarios, las reliquias y las esculturas ubicados en los retablos de esta edificación.

Para poder realizar el análisis del discurso creado por la Compañía de Jesús y difundido a través de distintos medios visuales, la autora utiliza como marco conceptual la obra de Michel de Certeau, principalmente *La fábula mística*, libro que estudia la manera en que la cristiandad de Occidente formó una experiencia del cuerpo basándose en la pérdida del cadáver de Jesús. La noción de *experiencia del cuerpo* es una de las bases conceptuales de Villalobos, pues para ella las ideas difundidas por la compañía estaban directamente ligadas con las prácticas que se debían fomentar para

experimentar el martirio dentro de la sociedad neogranadina. Aparte de las reflexiones de este autor francés, *Artificios* también usa mucho el trabajo de Louis Marín con el fin de estudiar la pertinencia de las imágenes al analizar un discurso.

En cuanto a fuentes secundarias, se acude a autores como Jaime Jaramillo Uribe y Alicia Bazarte para contextualizar la dinámica social del Nuevo Reino de Granada, de las comunidades religiosas y su funcionamiento en particular. También se echa mano de obras que explican el modo en que la retórica clásica y con ello el arte de la memoria eran usados en el periodo colonial. Entre otras, sobresalen las de Frances Yates, Linda Báez, María Constanza Toquica, María Cristina Osswald y Jaime Humberto Borja. Así mismo, el libro se vale de estudios sobre pintores, escultores y técnica barroca, y de diccionarios de iconografía y simbología, como el de Víctor Stoichita.

El trabajo sobre las fuentes primarias se divide en dos partes. Por un lado están las escritas, de las que se destacan diez manuscritos y veinticuatro libros impresos. Entre ellos se encuentran directrices de las cofradías existentes en la iglesia, inventarios, solicitudes, libros que registran las fiestas, los usos y las costumbres, relatos de vida de algunos santos ejemplares y novenas. Por otro lado están las fuentes que son analizadas específicamente y que constituyen la base de la investigación. Se trata de los 8 retablos de la iglesia de San Ignacio, compuestos por 110 relicarios, 62 pinturas y 24 esculturas.

El hecho de se que analice con dedicación cada uno de los retablos ubicados en esta edificación, análisis que incluye la composición de la imagen, el tamaño de las esculturas, la gestualidad de estas y la simbología, genera la oportunidad de verlos (y por consiguiente a los santos y mártires que aparecen en ellos) como objetos que fueron utilizados por la Compañía de Jesús para modelar los cuerpos y las prácticas de sus feligreses.

Los retablos eran empleados por los creyentes con fines taumatúrgicos. A fin de pedir la intercesión del santo para un beneficio en particular, el feligrés tenía que seguir unas normas que lo hicieran digno de recibir este favor, normas que exigían de él un comportamiento similar al de un mártir

escogido y promocionado por la misma Compañía de Jesús. El deseo de seguir los pasos de dicho mártir era infundido a través de diversos recursos retóricos y plásticos que hacían que el fiel se sintiera identificado con las escenas que veía a lo largo de este “palacio celestial”, e incluso participe de ellas, lo que llegaba a incitar una experiencia mística dentro de la comunidad, eso sí, siguiendo unas pautas de comportamiento específicas.

Si bien el texto tiene como objetivo el análisis del discurso jesuita, la autora logra pasar del análisis de este discurso a la descripción de algunas prácticas que se daban en la iglesia de San Ignacio, la cual era un espacio de sociabilidad para la población santafereña. Luego de leer el texto el lector podría interrogarse sobre la forma en la que el feligrés, que en este caso se convertía en el objetivo del discurso, lograba interiorizarlo: ¿en realidad era recibido de la manera en que lo pensaban los ideólogos de la compañía? Esta pregunta es abordada por Villalobos al afirmar que solamente se puede comprender la construcción del discurso desde la perspectiva de los ideólogos debido a que la interpretación y el desciframiento de las imágenes y de los vehículos de difusión no pueden ser controlados o constrañidos, situación que además se complica por la falta de fuentes que pudieran resolver este problema.

Aunque *Artificios* se inscribe dentro del estudio del arte colonial, consigue no quedarse solamente en este campo. Propone articular más de un eje de análisis a la investigación. Por un lado está el artístico, que implica ver directamente los aspectos plásticos y discursivos involucrados en los retablos, siguiendo la línea iniciada por Jaime Humberto Borja en relación con el caso colombiano. De este modo, el análisis ya no es únicamente descriptivo, como se había hecho y a veces se sigue haciendo. Aparte de esto, la autora también propone relacionar el tema en cuestión con las dinámicas que se daban entre los cuerpos sociales en la iglesia de San Ignacio, concebida como un espacio de socialización donde cada grupo, dependiendo de la cofradía a la que perteneciera, habitaba el templo de un modo particular.

Es por eso que este libro aparece como una propuesta muy novedosa. El hecho de integrar varios ejes de análisis lo convierte en un ejercicio más profundo que otros al momento de explotar sus fuentes primarias, los

retablos de las iglesias construidas durante el periodo colonial, pocas veces analizados del modo en el que la autora lo propone. Lo que se intenta es relacionar el arte y la sociedad de una manera más directa de lo que se había hecho anteriormente, dejando de pensar en el primero solamente como un elemento decorativo y buscando otras posibles funciones suyas. En este caso, planteando que servía de vehículo para difundir un mensaje que afectaba las prácticas de los feligreses y con ello la forma de concebir el cuerpo mismo.

Cabe aclarar que, aun cuando creo que el objetivo de unir diversos enfoques resulta novedoso, hay un punto del libro en el que no se logra complementar la investigación de lo social con la de lo discursivo. Esto se ve fundamentalmente en el primer capítulo, que toma en cuenta la iglesia como un espacio habitado de un modo distinto por cada cofradía, pero se detiene allí; el resto de la obra está dedicada al análisis del discurso, y es poco el diálogo que se da entonces entre los dos puntos que se desea integrar. Lo anterior deja la inquietud de si el discurso creado era diferente según la cofradía a la que estuviera dirigido, sabiendo que la forma de apropiación y habitación de la iglesia por parte de cada una era particular: ¿el moldeamiento de prácticas y de imaginarios era el mismo para las cofradías de los “cuerpos mayores” que para las de los “menores”? Esta duda refleja que aún subsiste la dificultad de realizar un análisis que vincule de un modo más compacto el arte con la sociedad. Todavía se ven muy separados estos campos, y esa separación solo se puede superar continuando con la investigación sobre ellos. Pero hay que destacar que este libro es uno de los pioneros en la utilización de fuentes y marcos teóricos que hacen posible la convergencia de esos ejes de análisis.

De este modo queda abierta la invitación a leer la obra, porque muestra un camino posible, por un lado, para profundizar en el estudio del arte y de la relación de este con la sociedad, y por otro, para conocer más sobre los retablos que muchas veces pasan desapercibidos en las iglesias, pues son considerados solamente como elementos ornamentales. Se trata de un libro sobre la función de estos retablos, que además de ser muy bellos cumplieron un papel fundamental en el momento de moldear a una sociedad que asistía con frecuencia a estos espacios de sociabilidad.

— A propósito de la reseña de María Sue Pérez sobre *Artificios en un palacio celestial: retablos y cuerpos sociales en la iglesia de San Ignacio. Santafé de Bogotá, siglos XVII y XVIII*

María Constanza Villalobos

Universidad de los Andes, Colombia

La pregunta por la forma en que los asistentes a la Iglesia de San Ignacio recibían el mensaje religioso es una cuestión que se deriva de manera directa del análisis del discurso construido con las imágenes en los diferentes retablos de la iglesia, pero no era el objetivo de la investigación.

Respecto a la pregunta por las diferencias entre los discursos dirigidos a las cofradías, a lo largo del estudio de las fuentes sí es claro que eran diversas las formas de control social ejercido a través de las reglas de las congregaciones para los cuerpos sociales y que, a su vez, esas reglas determinaban las prácticas de dichos cuerpos. Si se consideran dos de las fundadas para cuerpos sociales distintos, como la Cofradía del Niño Jesús, creada para los indígenas pertenecientes a los cuerpos menores, y la de los Esclavos del Señor Sacramentado, instituida para los cuerpos mayores, es evidente cómo las prácticas establecidas para cada congregación a través de las reglas particulares determinaban prácticas para los cuerpos individuales, de grupo y sociales.

En el caso de la Cofradía del Niño Jesús, era mayor el número de prácticas dirigidas al cuerpo individual: confesarse y comulgar, escoger un santo en cuanto objeto de devoción particular, recibir instrucción para la fe católica, hacer penitencia, ayuno y oración. Seguían las estipuladas para los indígenas que pertenecían a la misma cofradía, como acompañar el cuerpo de quien moría, asistir a las pláticas y a la misa. Y por último, las destinadas al cuerpo social, que incluían visitar a los enfermos y a quienes se encontraban en las cárceles.

En el caso de la Congregación de Esclavos del Señor Sacramentado, solamente se encontraban dos prácticas para el cuerpo individual: dedicar horas a la oración y a un ejercicio que no realizaban los indígenas: la oración mental. Dentro del cuerpo de la congregación, además de asistir a las pláticas, los miembros de ella estaban al frente del cuidado del culto, pero igualmente quienes pertenecían a las demás congregaciones debían asistir a misa y a las fiestas principales.

La diferencia en este caso es que las prácticas establecidas para los indígenas ponían un mayor énfasis en modelar el cuerpo individual, sobre el cual recaía la mayor parte de las acciones evangelizadoras. En cuanto a las instituidas para los cristianos viejos, como los Esclavos del Señor Sacramentado, personas de conocida calidad, que desempeñaban oficios honrosos y de hábitos de órdenes religiosas, estaban destinadas a la reforma de las costumbres.

Sería interesante contar con fuentes en las que se pudiera analizar la respuesta de los congregantes y los diferentes cuerpos sociales a los que estaban dirigidas las imágenes contenidas dentro de los retablos de la iglesia de San Ignacio. Las fuentes encontradas no revelan de manera completa la información relacionada con todas las imágenes y retablos que se estudiaron.